

CADA año cuando se otorga el Premio Nacional de Literatura, una cantidad de personas lamentan que no se le concediera a éste, al otro o al de más allá. Existe, a no dudarlo, un grupo de escritores que la memoria y aún han ideado el otro sistema, una especie de compensación, para que todos no mueran por idénticamente agravios. Designar, por ejemplo, a diez, a doce, a quince o a veinte con igual derecho y entregar la decisión al único juez inapelable, al dios benévolo que rige los destinos, o al gran misterio ante el cual se inclinan los reyes y las cosas: el azar.

Una tirada de dados. Y está el problema resuelto. Nadie puede protestar. ¿Quiéren reclamar contra la lotería? Al que le tocó le tocó, y quien compró un boleto inútil, contribuyendo a la fortuna del ganador, tendrá el despreciable papelito, lo arruga y lo arroja. Será para otra vez. Así es la vida.

Casualidad que nos encontramos ahora y no mil años antes; casualidad que fuera este y no otro nuestro país; casualidad cotidiana y misteriosa que nos hayamos librado hasta este minuto de un automóvil o de esas enfermedades que nadie se explica, que no se preparan ni atenuan, y a las cuales los médicos, por hacer algo, les ponen un nombre.

Casualidad de casualidades, y todo casualidad.

Se dirá: "¿Hay que precuar al talento?" ¿Y qué lotería mejor que recibir en la suerte el talento? Pero entonces es juego de azar, trabajo, cultivo. Si es preciso que, entre las cosas, veamos esas oportunidades; la del talento, la dedicación, la constancia...

No confundamos: el hombre es una isla de verdades rodeada de casualidades por todas partes. Y aún esa pretendida certidumbre, esas leyes, esos experimentos y procedimientos que tanto nos engrandecen, que casualidad, que azar de casualidades para producirlos. Un ligero golpe en la cabeza, un contagio negligente, y, ¡Israel, el mundo cambia. Supongamos que Einstein o Eisenhower se perturbaran, embriagarán. No mucho, porque entonces los recluirán. Una de esas demencias de corta duración, de esos casos que se disipan, o pueden ponerse en duda y hacerse dudar: "Mira, yo estuve hablando con el buen tono y me pareció razonable; más o que iba a pedirle que me conceda."

"¿Por qué a mí cuando me prometió lo había olvidado; no se acordaba de nada, pero de nada. ¡Basta, está gorda!" También yo he oído decir cosas que son ciertos. Pero nada me consta. "Yo creo que deberían examinarse; el país necesita la opinión de los médicos, un informe técnico. No es posible..."

Mientras tanto, Rusia y Estados Unidos siguen gobernados más o menos a la misma que siempre por el azar. Porque allí, en los palacios de gobierno, en los grandes ministerios o repúblicas, absolutos o democráticos, a donde el dios se acerca y se siente más

a sus nobles: instalado permanentemente.

De hecho, por finísimo, en el origen de los poderes, la ley comienza la sacando del azar: porque así es como siempre que se eligen los jueces de las mesas receptoras de subvenciones están ciertas cosas. Hemos de discutir.

2-2 10-X-53

PLUMAS NACIONALES

EL PREMIO NACIONAL

★

POR ALONE



Si, decididamente, entregárselo a la suerte el otorgamiento del Premio Nacional de Literatura constituiría el único medio de que nadie pudiera murmurar contra la injusticia del fallo y la independencia de los jurados. Pero tendría un inconveniente.

Y es que esa naturalidad, esa queja expresa o furtiva, ese gran diámetro más o menos disminuido de los que hacen, ocultos, a veces también, un poco de propensión, coquetería, prurito de modestia, algo así como el pedestal, o, por lo menos, lo que sostiene sobre abismos histéricos el pedestal que sostiene al triunfador y lo levanta.

No importa que se declare oficialmente que el Estado considera a alguien escritor, o poeta, o a alguien de terminada fama. Eso es sólo el principio. La fama verdadera empieza después, cuando se añade que, además de ser un escritor excelente, es más, mucho más que A que B que C y que D. Las proposiciones abstractas no entran en la esfera de la multitud. Todo poeta, por lo demás, envuelve visible o invisible, una comparación. Terribles por conciencia, entendemos resignación y viendo diferencias.

Para saber lo que significa el Premio Nacional falta una entrada a las víctimas. Heles ahí, graves, mudas, dignas.

Uno tenía todas las cartas en la mano y hasta el último instante creyó ganar. En los ojos se le ve la sorpresa. Otro había trabajado tanto, había luchado y se había empujado tanto, de muchas maneras, por largos conductos, desde hace tanto tiempo. Tiene conciencia de su mérito y lo luce. ¿Cómo se le negaría de nuevo esta vez? Este contempla pensativo la columna de sus libros adormidamente empastados que forman un monumento, se monarca. Sólo falta, arriba, la estatua. También estaría dispuesto a mandarla fundir, en caso necesario: pero resultaría mejor erigida "por ley de la República"

y puesta en ella pública. Aquí recuerda a todos los escritores, muchos de ellos premiados ya y consagrados, que salieron de él, de su obra, de sus líneas, que se alimentaron de su prensa poética o de su radio resplandeciente, hijos suyos, en verdad, carne de su carne. ¿Y eso no valdrá nada? Porque ya va haciéndose tarde. Este año aún, ¡quien sabe! si de más allá, saliendo de él mismo, apartados como una formación en propio suelo, se aferra al de los demás, lle en la opinión ajena y resaca los márgenes de la crítica, el entusiasmo, las apologetas, respire una y otra vez ese oxígeno, se tufa de ese microcosmos, odioso tras edición y subvenciones, firmados, nacionales, extranjeros. Muchas frases vuelven a su oído acompañadas de una melancolía doliente. Sin embargo, en el caso de los escritores y los aplaudidos que deberían formar la orquesta de la consagración.

Por desgracia, Daniel de la Vega no va a vivir.

Y, aunque la obra, el arte, el arte ha dispuesto que de esas obras de gustar esas melodías melancólicas. Le toca en suerte ser poeta.

Y modesto, y sencillo, y estúpido. Equivale todos los candidatos al Premio Nacional. Él era un dios. ¿Dónde estaba más distante, no solamente en el espacio sino en pensamiento y en obra. A los muertos, con esta excepción, el destino les ha hecho soberbios: es una condición literaria. Daniel de la Vega carece de orgullo y cultiva siempre humildes, ti- blesas melancólicas, cuerdos lugares, de- nota de lealtad sin ambición. Ahora está en Europa: dirían, levemente, que roncando de callejas románticas y plazas de provincias vagan por España, por Francia, y se apocan en los paseos de París o de Madrid. En todo caso, algo más de Chile y de los chilinos, es la que va a recibir, por allá, el telegrama del literario con la noticia.

Cuando le abra y le lee, se le va a girar de que es hombre para poder ante de sorpresa. Y para sentirlo. ¡Dios!

Y seguirá fumando impasible su pipa.

Y el humo de esa pipa, en vez de reforzarse en espaldas, como le sucedería a otro, o de envolverlo en una nube embriagadora, subirá recto hacia el cielo, se azará límpido, azul en el azul.

En Daniel de la Vega hay algo de ángel.

Alone

1013357

ZIG ZAG

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1953

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Premio Nacional [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile